



TALMA

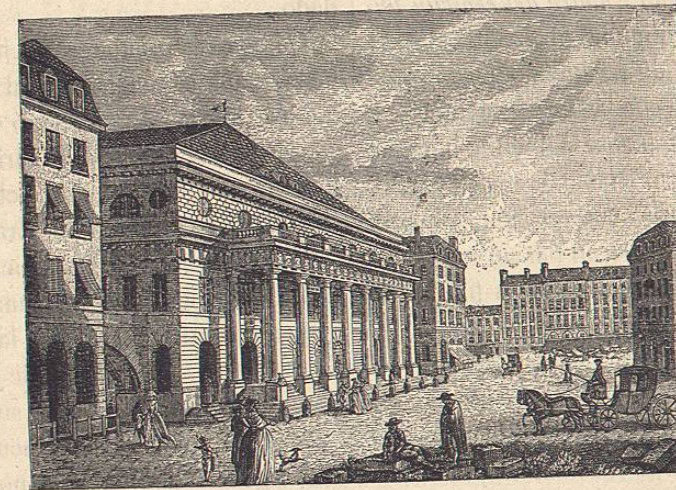
cían los más de ellos á favor de determinadas circunstancias, por cuya razón morían al desaparecer estas. Pero si hemos de mencionar la prensa-libro ó prensa-folleto que, como ya se comprende, quería buscar por medio del número de páginas la libertad que no encontraba como simple hoja cotidiana. Bajo

esta forma quiso vivir *El Mercurio*, pero no encontró quien diera vida á sus páginas: el creador de esta literatura fué Mercey con sus *Cuadros de París*, pero quien le dió forma más positiva, copiando siempre, lo que habían hecho ya en Inglaterra Addison, Steele, Rambler, etc., fué Esteban de Jouy quien hizo con menor apasionamiento que Mercey para el Imperio lo que el tremendo realista hizo para la Revolución.

En suma, las épocas que siguen al 9 thermidor hasta la caída de Napoleon fueron poco favorables para la prensa literaria, pues los grandes acontecimientos del día necesitaban por entero toda la aten-

ción pública. Los que como Mercey, Pujoulx, Henrion, Jouy, etc., en vista de la asombrosa transformación de la sociedad política y civil operada por la Revolución quisieron desde luego decir lo que había sido el siglo XVIII y lo que sería el siglo XIX, sólo pudieron obtener en la forma indicada por algún tiempo el favor público.

¿Fué contraria la Revolución á la literatura y á los literatos? Responda la primera ley de propiedad literaria con razón llamada *Declaración de derechos de la inteligencia* que Lakanal hizo votar el 19 de Julio de 1793 por la Convención. Hasta esta fecha la propiedad literaria no había existido. La obra del



Teatro Francés, luégo teatro del Odeon, desde 1798

literato estaba á disposición de todo el mundo. Lacroix mismo, tan enemigo de la Revolución, se ve obligado á confesar que la Convención se tomó interés por el renacimiento literario de Francia, y que para favorecerlo, durante el año III de la República, mediante la proposición de Gregoire y de Villars, auxilió con donativos, gratificaciones y pensiones á literatos de los más distinguidos y á los más pobres. «No nos negamos, pues, á reconocer que la Convención antes de terminar su papel legislativo, concedió generosos auxilios á las letras, preocupándose de sus progresos.»

Chenier, cuya familia no había sido olvidada por el Terror, escribió por encargo del Instituto de Francia el *Cuadro de la literatura en Francia* en 1802. Lacroix extractó ese cuadro: copiémoslo para que no se dude de nuestra imparcialidad. La literatura francesa... «á pesar de sus pérdidas numerosas, continúa siendo todavía, bajo todos aspectos, la primera de Europa. La crítica literaria representada por Cailhava, Palissot, Guinguené;

Suard, La Harpe y Féletz, no ha decaído de su incontestable superioridad. Palissot, acababa de anotar á los setenta años su edición de las obras de Voltaire y daba nueva forma á sus *Memorias sobre la historia de nuestra literatura*. Suart recogía y publicaba Misceláneas compuestas de sus mejores artículos de crítica. La Harpe trabajaba en rever y poner en orden el *Curso de literatura* que había profesado en el Liceo antes de la Revolución, y que no publicó hasta 1802. Chamfort había muerto, en 1794, antes de haber acabado su Comentario de las fábulas de la Fontaine. Cailhava, el autor del *Arte de la Comedia*, añadía á él, sus *Estudios sobre Molière*. Guinguené, que redactaba su grande *Historia literaria de Italia*, tenía en mano toda la crítica del *Mercurio de Francia*, como Féletz tenía la del *Diario de los debates*.»

Y dice Lacroix: «El régimen de la República había de ser, naturalmente, favorable á las obras de filosofía, de moral y de política; en efecto, se multiplicaron...» No queremos ocultar que, añade,



para que se vea eternamente como los realistas de nuestros días entienden la crítica, «de una manera inconsiderada y verdaderamente inútil.» Basta la confesión de que el *régimen republicano es, naturalmente, favorable á las obras de filosofía, de moral y de política*, para que quede en firme que no hay como el régimen republicano para el progreso y perfeccionamiento de la humanidad, ya que otro régimen no es, naturalmente, abonado para las publicaciones de filosofía, moral y política, cuya base es, naturalmente, la absoluta libertad de pensamiento.

La filosofía, sin embargo, no tenía por este tiempo de que hablamos, sus grandes maestros en Francia. Condorcet, con su bello *Cuadro del espíritu humano* que lo es de su bella alma, ni Saint-Lambert con sus Obras filosóficas en las que no encontraba tilde Chenier, ni Volney con sus sentimentales y apasionadas declamaciones sobre la libertad humana que han leído todos los demócratas de nuestro siglo, ni Dupuis con su inmensa compilación sobre el *Origen de todos los cultos*, hicieron dar un solo paso á la filosofía, por más que sean las obras filosóficas más leídas de la Revolución.

Fueron de Gerando con sus *Signos del arte de pensar*,—1800,—y su *Historia comparada de los sistemas de filosofía*,—1804,—Maine de Biran con su *Influencia del hábito en la facultad de pensar*,—1803,—fué el ex-ministro de la República Garat,—1801-1804,—modesto profesor después de la Escuela normal, quienes sostuvieron el rango que en la filosofía había alcanzado Francia, con Descartes y Condillac.

La moral tuvo en Cabanis un buen preceptista, pero en todas estas materias, Francia quedaba por debajo de lo que se había hecho en Inglaterra y Alemania, y lo mismo decimos en política, aun cuando es de este tiempo el *Tratado de economía política*, que Juan Bautista Say publicó reuniendo sus lecciones de Economía política profesadas en 1803 en el Conservatorio de artes y oficios de París. Say es inferior á Schmidt.

Al lado de estos ilustres pensadores de la época de la Revolución y del Imperio, ocupan un puesto señalado también Laromiguiere, Perrau, de Bonald, que no hemos de dejar de citarlo á pesar de nuestra radical disconformidad con sus teorías políticas impregnadas de pura teocracia, y Lacretelle que con tanto brío y madurez de juicio combatió las penas infamantes, y ponderó los beneficios de la Instrucción. De otros pensadores como François de Nantes, Boissy d'Anglas, Portalis, Cambaceres, Roe-

derer, François de Neufchateau, etc., hemos hablado ya al ocuparnos de su paso por la política activa.

Se comprende fácilmente que en historia, por el tiempo de que tratamos, dominara el estudio de la historia contemporánea en Francia. Tantos y tan grandes eran los sucesos ocurridos desde 1789, tantas y tan grandes las transformaciones, que por fuerza había de tentar á los talentos robustos de Francia el análisis y examen de las causas de tantas y tan grandes mudanzas en el orden político y social. Pero aún así y todo Sismondi de Sismondi, tuvo tiempo para escribir la *Historia de las repúblicas italianas*.—1809,—y la *Historia de la literatura del mediodía de Europa*, dos obras que han quedado.

De los historiadores de la Revolución, ninguno merece una mención especial así se trate de Rabaut Saint-Etienne y Lacretelle ó de Chateaubriand.

«Una nueva escuela literaria tendía á formarse en Francia, aún cuando el carácter de esta escuela fuera aún incierto y flotante. Era, á la vez, bajo la relación de las ideas y sentimientos, un reflejo de las literaturas inglesa y alemana, en la invasión del lenguaje poético á través de la prosa. Bernardino de Saint-Pierre, que procedía de Juan Jacobo Rousseau y que había encontrado en sus *Estudios de la naturaleza* la expresión sentimental y poética de un nuevo género de literatura, no era el hombre que se necesitaba para jefe de escuela. Salvaje y desconfiado, vivía en la soledad, y el éxito universal de *Pablo y Virginia*,—1787,—y de la *Cabaña indiana*,—1790,—no le dió más intimidad con sus grandes admiradores. La señora de Stael que era también, sin saberlo, una discípula de J. J. Rousseau, sufría la influencia de Bernardino de Saint-Pierre, puesto que no quería, como lo confiesa ella misma, mas que á los escritores que ofrecían el encanto de la melancolía. Fué, pues, ella una de las potencias de la nueva escuela, pero Chateaubriand fué el verdadero creador y un gran maestro. Trabajaba silenciosamente en su *Genio del cristianismo*, que debía ser el libro de oro de la nueva escuela, cuando se le ocurrió el proyecto de publicar, desde el año 1800, algunos fragmentos, bajo ese título: *De las bellezas morales y poéticas de la Religión cristiana*; pero cambió de idea conformándose con el consejo de Fontanes, que lo había llevado á la redacción del *Mercurio de Francia*...» «Chateaubriand, sin embargo, no hizo esperar mucho su *Genio del cristianismo*; pero antes de que viera la luz, consintió en sacar del mismo la novela de *Atala* que tuvo cinco ediciones en el mismo año de su publicación,

—1801,—habiendo sido recibido, aclamado y pregonizado como el evangelio de la nueva escuela. Este exceso de entusiasmo desencadenó los furores de la crítica y Chenier no dejó tranquilo ni al autor ni á la obra...»

Lo que contribuyó grandemente al éxito del *Genio del cristianismo*, como al de *Atala*, *Los mártires* y demás obras ó novelas de Chateaubriand fué la pasión de los contemporáneos del Directorio, del Consulado y del Imperio por la novela. En un principio era un furor, dice J. B. Pujoux en su *Paris á últimos del siglo XVIII*,—1801,—luego esto se hizo por gusto; ahora es casi una manía. Hace un año, se publicaban más de las que físicamente se podían leer.» Y esta pasión por la novela la compartían todas las clases de la sociedad desde la más alta á la más baja, desde el emperador al limpia botas citado por Pujoux. En efecto, Napoleon hasta cuando salía á campaña se llevaba su biblioteca de novelas que la componían unos cien volúmenes. Sin embargo, la novela, sin duda á causa de la aparición de la novela erótica ó escandalosa, decayó á últimos del siglo XVIII hasta el punto de tener que defender el género Dampmartin,—1801,—al publicar su *Brassman ó el Padre inexorable*.

Si la época era favorable á las novelas y sobre todo á las novelas poéticas y sentimentales, ¿cómo no había de serlo para la poesía que no vive mas que de sentimiento? Recuérdese lo que hemos dicho de Fabre de Englatine, de Roucher del autor de los *Meses*, y de Andrés Chenier, que llevaron sus geniales cabezas á la brutal guillotina, para convencernos de que la musa francesa no enmudeció en los más tristes y fragosos días de la Revolución. A estos inolvidables poetas sucedieron Legouve y Delille; Delille á quien se pagaron cinco francos por cada verso de su traducción de la *Eneida* de Virgilio, José Chenier y Millevoye.

Para el teatro no fué la Revolución tan favorable porque los grandes sucesos de la época despertaron ideas y sentimientos de todo punto contrarios á la comedia que se creía que había resucitado con Beaumarchais. Pero en cambio la Revolución era favorable á la tragedia, y la tragedia tuvo en José Chenier, como él mismo pretendía, un continuador de Voltaire. Claro está que las obras de Chenier no pueden dejar de ser tendenciosas, y que por consiguiente pierden hoy mucho al leerse en el silencio del gabinete, lejos del tremendo ruido de las pasiones. Esto no lo decimos nosotros para disculpar la musa trágica de Chenier, esto lo dice el mismo en el prefacio que puso á su tragedia intitulada *Fene-*

*lon*, que se representó en 1793. «Creí,—dice,—que en esos días mezclados de sombrías tempestades, cuando los malos ciudadanos predicaban el brigandaje y el asesinato, era más que tiempo de hacer oír en el teatro esta voz de la humanidad, que resuena siempre en los corazones de los hombres reunidos.» Chenier, pues, si escapó á la suerte de Andrés, cuando tales sentimientos dejaba traslucir en sus tragedias en plena época del terror, fué porque su civismo ó republicanismo era tan acrisolado que nadie se hubiera atrevido á acusarle. Sin embargo, Chenier murió bonapartista, ó mejor, en los días de Bonaparte, escribiendo por encargo del Instituto el cuadro de la literatura francesa de que hemos hablado y no debía acabar, pero Chenier al amo de Francia le pintó en su *Ciro*,—1804,—que sólo se representó una vez, y en su obra maestra, en *Tiberio*, que si Chenier en tiempos de la república escribió los *Gracos*, en tiempos del imperio, para sus republicanos no había mejor tipo que Tiberio, su obra maestra no se imprimió ni representó sino después de su muerte. Inútil, después de esto, añadir que Chenier, que vivió hasta 1811, no fué nunca contado entre los cortesanos de Napoleon.

Legouve y Luce de Lancival dieron al teatro trágico también obras muy estimadas inspiradas en sentimientos patrióticos y republicanos, por esto la musa trágica calla al triunfar Napoleon, porque en su pecho sólo hubiese encontrado acentos la indignación y en su inteligencia ideas para retratar en lo vivo el despotismo brutal del imperio y del emperador. Lo que podían ser las letras en su tiempo, lo que sucedió con Chateaubriand, va á decirnoslo.

Chateaubriand reemplazó á Chenier en el Instituto en 1811. Napoleon que se había hecho nombrar miembro del Instituto porque su insaciable ambición le hacía creer que de esta manera sería también el primero de los literatos de su tiempo, cuando nunca llegó á saber ortografía, tenía su atención puesta en lo que en él pasaba, porque de cuando en cuando se dejaba oír en la docta asamblea un grito de protesta, que por débil que fuera era para sus oídos aterrador, guardando constantemente en su imaginación el espanto que le causaban las protestas indignadas de los que se veían obligados á sufrirlo. Así en el mismo *Memorial de Santa Elena*, dice que al presentar Chateaubriand su discurso al Instituto, «los unos se negaban á oírle por parecerles indecente, otros por lo contrario apoyaban su lectura...» Napoleon... «se hizo presentar el discurso, y como lo encontró sumamente extravagante, lo prohibió sobre la marcha.» Y como al irse á acostar